

Electoral por alrededor de 107 mil votos en Pensilvania, Míchigan y Wisconsin. En Pensilvania, Trump ganó por 68 mil votos, en Míchigan por casi 12 mil y en Wisconsin por 27 mil. Si tan solo más personas hubieran acudido a las urnas ese día, los resultados de la elección habrían sido otros. Cada voto cuenta. Y unos cuantos pueden hacer una gran diferencia.

El movimiento Black Lives Matter muestra que la deuda histórica con la comunidad afroamericana no ha sido saldada. Después de los asesinatos de George Floyd, Breonna Taylor y Ahmaud Arbery estamos viendo a más personas interesadas en remediar lo que durante años los afroamericanos habíamos denunciado. Algunas de las demandas son eliminar las tácticas policiales agresivas, que la policía reciba más y mejor entrenamiento y tener un sistema judicial más transparente y justo. ¿Estamos en el camino a un mejor Estados Unidos? Si bien este tipo de cambios son necesarios, son solo parte de una serie de pasos pequeños que nos pueden llevar a un mejor país. Es importante que la ciudadanía vea también los asuntos de racismo sistémico que no se pueden grabar con la cámara del celular, es decir, la desigualdad en el presupuesto de las escuelas, la falta de viviendas dignas, la accesibilidad a servicios médicos, mejores leyes laborales, asuntos de justicia ambiental, como la mala calidad del agua y del aire. Necesitamos cambios importantes en casi todos los ámbitos para reducir las desigualdades. —

Traducción del inglés de Karla Sánchez.

CANDIS WATTS SMITH es profesora asociada de ciencias políticas y estudios afroamericanos en la Universidad Estatal de Pensilvania. Su libro más reciente es *Racial stasis: The millennial generation and the stagnation of racial attitudes in American politics* (University of Chicago Press, 2020).

¿Una economía robusta es suficiente para la reelección?

JORGE SUÁREZ-VÉLEZ

La presidencia de Donald Trump ha polarizado severamente a los estadounidenses. Pero el robusto desempeño de la economía, sea o no atribuible a él, le ha dado un respiro.

Hasta antes de la pandemia, la economía estadounidense venía del periodo más largo de expansión en su historia. Creció de manera ininterrumpida por ciento veintiocho meses consecutivos. Aun cuando la recuperación económica después de la Gran Recesión de 2008 se encuentra entre las más débiles en la historia (el PIB creció 2.3% en promedio anual durante el segundo mandato de Obama y 2.4% en el de Trump, hasta antes de que llegara la covid-19) bastó para alcanzar la menor tasa de desempleo desde 1969: 3.5%.

En materia económica, la reacción del gobierno estadounidense al brutal daño provocado por la pandemia ha sido sustancialmente mejor que su fallida respuesta en materia sanitaria. El mérito es atribuible a los acuerdos alcanzados por ambos partidos en el legislativo y a la acción de la Reserva Federal. Esto permitió que simultáneamente se desplegaran abundantes recursos fiscales y monetarios. En lo fiscal se implementaron programas que tenían como objetivo compensar la pérdida de ingreso para quienes se quedaron sin empleo, o para aquellos que tuvieron que permanecer en casa por la cuarentena. Se inyectaron cuantiosos recursos para evitar que la crisis de liquidez de las empresas y pequeños negocios —provocada por una economía forzada a detenerse en seco— se convirtiera en una crisis de solvencia. La finalidad es lograr que, pasada la pandemia, haya una base suficiente

de entidades viables que provean empleos conforme la situación se normalice.

En lo monetario, la Reserva Federal inyectó más de tres billones de dólares de liquidez entre el final de febrero y mediados de junio, un monto equivalente a 14% del PIB, algo sin precedente. Las tasas de interés se redujeron a mínimos históricos, como resultado de la determinante acción del banco central. Como consecuencia de todo lo anterior, la tasa de desempleo que llegó a 14.7% en el mes de abril, para el mes de agosto se había recuperado a 8.4%.

Hacia adelante el panorama es más incierto. La economía ha hecho lo que se podría esperar después de una inyección de adrenalina de tal magnitud. Ahora veremos cuánto del daño provocado por la pandemia fue temporal y cuánto será permanente. La crisis del coronavirus aceleró la digitalización de las transacciones financieras, las compras en línea, la robotización de las manufacturas, etcétera. Pero también ha provocado pérdidas sin precedente en industrias que emplean a un gran número de estadounidenses —hoteles, restaurantes, transporte, entretenimiento— y que difícilmente podrán empezar un proceso de recuperación mientras no se haya inoculado a una porción importante de la población con una vacuna que aún está en desarrollo.

Los retos para el próximo presidente serán directamente proporcionales al tiempo que tome que la economía estadounidense recupere niveles normales de actividad. A pesar de la ayuda gubernamental, muchos pequeños negocios

están cerrando. Conforme se prolongue esta situación, también será mayor el impacto sobre el sector financiero.

Por otra parte, el colosal esfuerzo fiscal también dejará secuela. Trump ya había roto con una, al menos teórica, tradición republicana de disciplina fiscal cuando las finanzas públicas estadounidenses mostraron un déficit que casi alcanzó el billón de dólares en el cuarto trimestre de 2019 (4.6% del PIB, y 26% más que en 2018). En 2020, esa cifra podría alcanzar 3.3 billones, o 16% del PIB, el déficit más alto desde 1945, cuando Estados Unidos pagaba por la intervención militar en la Segunda Guerra Mundial.

La deuda pública también supera ya al tamaño total de la economía. Por ello, uno de los grandes retos para la próxima administración será cómo incrementar la recaudación fiscal sin matar la recuperación económica. Si Joe Biden gana la elección, buscará además financiar un gran programa de infraestructura.

Otros cambios que se darían con la llegada del demócrata a la Casa Blanca serían una menor confrontación con China y el término de la disputa comercial con Europa. A su vez, la administración demócrata más “ambientalista” en la historia exigiría a México que cumpla con los compromisos adquiridos con la firma del T-MEC, lo cual haría imposible que López Obrador continúe con sus planes para incrementar la capacidad de refinación y para generar energía eléctrica a partir de carbón y combustóleo.

Quizá lo único que hoy podemos afirmar es que el 46º presidente de Estados Unidos tendrá que enfrentar un entorno económico internacional cuya complejidad solo lograremos determinar una vez que la pandemia haya sido superada. —

JORGE SUÁREZ-VÉLEZ es economista y analista financiero. Escribe en el periódico *Reforma*.



Fotografía: Prensa Internacional via ZUMA Wire

Y México ¿cómo tendría que votar?

ARTURO SARUKHÁN

Durante mi gestión como embajador en Washington, frecuentemente bromeaba subrayando que las elecciones en Estados Unidos eran tan importantes para nuestro país que los mexicanos deberíamos tener el derecho de votar en ellas. En vista de lo que encarna esta elección —tanto la presidencial como la legislativa— para México y su diáspora (documentada e indocumentada) en Estados Unidos, bien vale la pena jugar con la idea de cómo debiera votar nuestro país si se encontrase parado, boleta en mano, a boca de urna.

De cara a noviembre y desde hace tiempo, ha circulado en algunos sectores de opinión en nuestro país la tesis de que el resultado que más conviene a México en los comicios presidenciales estadounidenses es la reelección de Donald Trump. En parte, es el coleteo de un reflejo condicionado, una especie de resabio de memoria muscular, resultado de la convicción prevaleciente durante varias décadas en el sentido de que a México le sientan mejor las administraciones republicanas que las demócratas. Si bien hay algunos datos duros para sustentar esto en coyunturas distintas de la historia de nuestras dos naciones, también hay que recordar que

ha habido administraciones republicanas, como la de Reagan por ejemplo, en las cuales la agenda se crispó tanto por temas bilaterales (el secuestro y asesinato de un agente de la DEA en suelo mexicano) como regionales y multilaterales (los conflictos centroamericanos). Y ya no hablemos de la actual, republicana solo en nombre y que ha roto todos los paradigmas y principios de la relación bilateral construidos a lo largo de casi tres décadas, alcahueteando a nuestro país y a nuestros migrantes como piñata político-electoral.

México ha jugado en dos ocasiones —contra la imperiosa necesidad de mantener una equidistancia partidista-electoral— en el arenero de una campaña general estadounidense, ambas con resultados harto complejos. La primera en 1992, cuando Carlos Salinas apostó abiertamente a la reelección de George H. W. Bush y hubo que establecer de emergencia relaciones con el equipo de transición del candidato ganador, Bill Clinton, para mitigar el daño en la antesala de una eventual decisión del ejecutivo sobre si someter o no para ratificación legislativa el TLCAN, negociado y concluido con el gobierno anterior. La segunda en 2016 con Enrique Peña Nieto y la desafortunada invitación